

ADAM NEVILL



LA CASA  
DE LAS  
SOMBRA S

minotauro

ADAM NEVILL

# La casa de las sombras

minotauro

*The House of Small Shadows*

Copyright © Adam Nevill, 2013

Publicado por primera vez en 2013 en lengua inglesa por Pan, sello de Pan Macmillan, división de Macmillan Publishers International Limited. Edición en español publicada por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2023

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

ISBN: 978-84-450-1488-2  
Depósito legal: B. 1.073-2023  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Catherine llegó a la Casa Roja como en un sueño. Bajó del coche cuando los setos invadieron la superficie polvorienta del camino y continuó a pie a través de un túnel de espinos y avellanos hasta que atisbó el tejado inclinado, las chimeneas de ladrillo rojizo y los florones de los pináculos sobre sus afilados pilares.

Un aire cálido, impropio del otoño, recorría las praderas en torno a ella y se posaba como un gas perfumado en el suelo agrietado bajo sus pies. Somnolienta y apenas consciente del murmullo de las flores amarillas silvestres y la hierba estival que le alcanzaba la cintura y se agitaba en los campos, sintió un ramalazo de nostalgia de un pasado que no estaba segura de que le perteneciera, y se imaginó a sí misma atravesando el umbral a otra época.

Cuando cruzó los muros de ladrillo de aparejo inglés del jardín, invadidos por la hiedra hasta una puerta negra, se vio sorprendida por una oleada de sentimientos románticos, tan intensos que se sintió mareada. Entonces la casa se reveló en toda su extensión y le exigió toda la atención.

La primera impresión que le produjo fue la de un edificio encolezado por su inoportuna visita, encabritado al descubrirla entre los postes de la puerta. Dos chimeneas, una por ala, semejaban dos brazos levantados hacia arriba y que arañaban el cielo. Los tejados de pizarra galesa rematados con crestas de hierro parecían erizados por la ira.

Todas las líneas del edificio apuntaban a las nubes. Dos gabletes con vértices agudos y los arcos de todas las ventanas imploraban al

cielo, como si la enorme casa fuera una pequeña catedral indignada por su exilio campestre en Herefordshire. Y a pesar de haber pasado un siglo de ruralización, rodeada por campos abandonados, sus ladrillos de Accrington conservaban el intenso color rojo.

Pero si se observaba detenidamente, daba la impresión de que sus numerosas ventanas, desde las de los portales altos y rectangulares de las tres primeras plantas hasta las abuhardilladas y estrechas del último piso, fueran una colección de ojos en el rostro de la casa que dirigían su mirada más allá de Catherine.

Ajenos a su presencia, los innumerables ojos contemplaban algo que solo ellos podían ver y que se encontraba encima y a la espalda de Catherine. Alrededor de las ventanas, construidas con dinteles de piedra policromados, se había instalado una expresión de atención en algo lejano, algo aún más imponente que el propio edificio. Algo que los ojos de la casa llevaban mucho tiempo vigilando y también temiendo. De modo que quizá lo que Catherine percibió como un silencio preñado de ira de la Casa Roja fuera en realidad una manifestación de terror.

Además no se trataba de un edificio de estilo autóctono. En su construcción se habían empleado pocos materiales locales. La casa fue construida por alguien muy rico, capaz de importar materiales del extranjero y de traer a un arquitecto profesional para erigir en piedra un sueño, probablemente a imagen y semejanza de algún lugar admirado de la Europa continental, quizá de la Bélgica flamenca. Casi con absoluta certeza, el edificio era de estilo neogótico, surgido durante la larga regencia de la reina Victoria.

A juzgar por la distancia entre la Casa Roja y el pueblo más cercano, Magbar Wood, separados por tres kilómetros de colinas y una insólita extensión de pradera, Catherine supuso que la propiedad debió de pertenecer a un importante terrateniente al que favorecieron las últimas actas de cercamiento. Un hombre con inclinación al aislamiento.

Catherine había atravesado Magbar Wood en coche para llegar a la Casa Roja, y ahora se preguntaba si las achaparradas casas adosadas del pueblo habrían estado ocupadas en el pasado por los campesinos de quienquiera que construyera aquella insólita casa. Pero resultaba extraño que el pueblo no se hubiera expandido hasta las lindes de los terrenos de la Casa Roja y que los campos de alrededor permanecieran

abandonados. En sus viajes a residencias campestres para tasaciones y subastas apenas encontraba ya praderas salvajes. Magbar Wood presumía de al menos trescientas hectáreas de prados salvajes que rodeaban el pueblo y a la casa como si formaran un ancho foso.

Aún le resultaba más difícil aceptar que nunca hubiera tenido conocimiento de la casa. Catherine se sentía como una experimentada excursionista recorriendo por primera vez una montaña en Lake District. La casa constituía un espectáculo tan extraordinario que deberían haber existido señalizaciones que orientaran a los visitantes o, por lo menos, un acceso adecuado para el público general.

Catherine examinó la superficie que se extendía bajo sus pies. Ni siquiera se le podía llamar camino; apenas era un sendero de barro y piedras desmenuzadas. Parecía como si la Casa Roja y la familia Mason hubieran querido evitar que las encontraran.

Los terrenos también habían conocido tiempos mejores. A los pies de la fachada de la Casa Roja, el jardín diseñado por un paisajista había sucumbido a las ortigas, la hierba y las flores espinosas de la pradera, con los matorrales atrapados entre la sombra de la casa y los muros del jardín.

Catherine se enfiló rápidamente hacia el porche mientras un grupo de moscas gordas y negras revoloteó con insistencia a su alrededor, tratando de posarse en sus manos y muñecas. No tardó en detenerse y tomar aire. Ya había recorrido la mitad del camino que conducía a la puerta principal de la casa cuando en una de las ventanas en forma de cruz del primer piso apareció una cara apretada contra la esquina inferior del cristal, a la izquierda del parteluz vertical. Una manita se movió como saludándola o como preparándose para dar un golpecito en el vidrio. Era eso o que la figura estaba agarrándose al travesaño horizontal para alzarse.

Catherine se planteó devolver el saludo, pero la figura desapareció antes de que ella tuviera tiempo siquiera de levantar el brazo.

No estaba al tanto de que vivieran niños en la casa. De acuerdo con las instrucciones que había recibido, solo habitaban en ella Edith Mason, la única heredera de M. H. Mason que seguía viva, y el ama de llaves que la recibiría. Pero la carita y la mano que la había saludado brevemente debían de pertenecer a un niño de piel pálida y con algún tipo de sombrero en la cabeza.

Catherine no podía asegurar el sexo del crío, pero lo que había advertido de refilón era una amplia sonrisa de entusiasmo en el rostro, como si le divertiera observarla caminar entre los hierbajos del jardín delantero.

Catherine concentró la mirada en la pequeña ventana y luego la desvió hacia la puerta, como esperando oír el ruido sordo de unos piecitos descendiendo la escalera interior de la casa (el niño corriendo hasta la puerta principal para recibirla). Pero al otro lado de la ventana no percibió más movimiento, ni nadie acudió a recibirla.

De modo que continuó hacia el porche, que parecía más propio de una iglesia que de una vivienda particular, hasta que el oscuro tejado de madera de roble envejecida se combó sobre ella como una gran capucha.

Una de las enormes hojas de la puerta principal, que constaba de seis paneles, cuatro de madera y dos de vidrio tintado en la parte superior, estaba abierta, como retándola a entrar sin llamar. Y Catherine vio por el hueco un vestíbulo que permanecía en penumbra, un lugar erigido con paredes de color burdeos y sombras, como una garganta, que parecía adentrarse hasta el infinito.

Volvió la mirada atrás, hacia el jardín abandonado, e imaginó que los dientes de león y las flores del cuco giraban aterradas sus cabezas tambaleantes para observarla, para lanzarle vocecitas de advertencia. Catherine se levantó las gafas de sol y se las acomodó en el pelo. Por un instante se planteó volver al coche.

«El camino que acaba de recorrer ya existía mucho antes de que se construyera esta casa.» La voz crispada procedía de lo más profundo del edificio. Era una voz femenina que perdió intensidad, como si hablara para sí, y Catherine creyó oír: «Nadie se imaginaría lo que vendría por él.»

*Una semana antes...*

Todas aquellas caras diminutas miraban hacia la puerta de la habitación. Una miríada de ojos de cristal observaron su entrada.

—Dios mío.

Ni la enorme cantidad de muñecas, ni siquiera su estudiada colocación, amedrentó tanto a Catherine como la sensación de intranquilidad que le producía su mera presencia. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de que habían estado esperándola en la oscuridad, como los invitados de una fiesta sorpresa preparada para una niña un siglo antes.

A pesar de que era el único ser vivo dentro de la habitación, Catherine permaneció inmóvil como las muñecas y les devolvió su mirada de vidrio. El más leve movimiento le habría arrancado el chillido que se había formado en su interior como un estornudo.

Pero tras ese momento de inmovilidad, Catherine se dio cuenta de que se hallaba contemplando la colección de juguetes antiguos más valiosa que había visto en todos los años que llevaba como tasadora, en todo el tiempo que había trabajado como productora de programas de televisión sobre antigüedades e incluso en su experiencia como conservadora en prácticas en el Museo de la Infancia.

—¿Hola? Hola, señor Dore. Soy Catherine. Catherine Howard.

No hubo respuesta. Habría querido oír una voz. Tener que adentrarse sola en la habitación le resultaba bastante incómodo.



—¿Señor Dore? Hola, soy Catherine, de Osberne, la empresa de tasación. —Se internó un poco más en la habitación—. ¿Hola? —repitió alzando la voz lo imprescindible para que, si había alguien, la oyera.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la amplia estancia amarilla del otro lado, desierta. Unas perchas sin ropa repicaban dentro de un armario vacío. Era de madera de nogal y estaba lleno de arañazos. Varios papeles de carta amarilleados y unos refrigerios, que obedecían a un torpe gesto masculino de hospitalidad, se amontonaban en un rincón del pequeño escritorio.

La zona de la cama parecía de uso exclusivo de las muñecas, muchas de las cuales yacían ordenadas sobre el edredón extendido, un plumón confeccionado a mano sobre una cama con una estructura de latón tan vieja como el edificio. De la pared, encima de la cabecera de la cama, colgaba un grabado enmarcado de una pequeña iglesia cuadrada, rodeada por unos cuidados jardines.

Además del grabado, el único elemento que también parecía pertenecer al custodio legal de la colección era un baúl, un enorme arcón de piel colocado entre la cama y la ventana. Sobre él descansaba otra fila de muñecas, cuyas piernecitas colgaban por el borde de la superficie de piel envejecida y con manchas de humedad. Delante de la única ventana, un visillo recargado, y no completamente blanco, se filtraba la luz cenicienta de la tarde y componía el fondo adecuado para las figuritas, que parecían atrapadas en una fotografía antigua.

Incluso la silla tapizada a juego con el escritorio estaba ocupada por una muñeca, que por cierto era la más espléndida de todas.

Catherine no cerró la puerta por si acaso regresaba el señor Dore, el representante legal de la familia Mason y el abogado encargado de tratar con ella el asunto de la subasta de sus «antigüedades». La carta enviada por Edith Mason no decía más.

Catherine supuso que el señor Dore habría salido un momento y no había podido regresar a tiempo para su cita, aunque en Green Willow no había visto ningún pub ni había reconocido ningún edificio donde se pudiera realizar alguna clase de actividad comunitaria, ya ni hablemos de un sitio para comer. Incluso encontrar Green Willow le había resultado complicado. Aparte de la pensión Flintshire, el pueblo era poco más que una hilera de casas de piedra, una oficina de correos

cerrada y una parada de autobús invadida por la maleza. No había ni un solo coche aparcado frente a las casas.

Catherine volvió a consultar el reloj. El hombre entrado en años y enjuto de carnes que la había atendido abajo, en el diminuto espacio que servía de recepción, le había dicho sin titubear: «Suba.» Ni siquiera había levantado la mirada de lo que fuera que estuviera leyendo detrás del mostrador para entregarle las llaves.

El propietario dio la impresión de estar acostumbrado a las hordas de visitantes, o más bien harto de ellas, que llegaban a lo que era un pequeño establecimiento situado por los pelos en el lado inglés de la frontera entre Monmouthshire y Herefordshire. Catherine, acostumbrada a la curiosidad que su visita a un lugar remoto despertaba entre la población anciana local, se había detenido delante del mostrador para preguntar:

—¿Está arriba el señor Dore? —En vez de responderle, el hombre había resoplado con irritación mientras sacudía su cabeza marchita sobre el libro.

—En ese caso, subiré a ver.

También era la primera vez que se reunía con un posible cliente en la habitación de un hotel. Pero en su experiencia, corta aunque crecía a pasos agigantados, como tasadora para Leonard Osberne se había dado cuenta de que los excéntricos y los descendientes de los excéntricos, desde Shropshire hasta Herefordshire, la frontera con Gales, Worcestershire y Gloucestershire, que acudían a la empresa para suabastar el contenido de unas casas y unos desvanes que habían permanecido ajenos a la vida moderna durante largo tiempo, estaban convirtiéndose en una especie cada vez más habitual. Leonard tenía una amplia lista de bichos raros en sus registros y Catherine empezaba a sospechar que no había otra cosa en ellos.

Los raritos parecían sentir atracción por su jefe. O llegaban hasta él a través de un boca a boca que ella todavía no había alcanzado a desentrañar, porque Leonard jamás había publicitado sus servicios en los doce meses que ella llevaba en la casa. Las oficinas de la compañía consistían en apenas dos habitaciones en la planta baja de un edificio en Little Malvern. Una sede que informaba de su existencia mediante una solitaria placa de latón visible desde la calle. Su jefe ocupaba aquella oficina desde los años sesenta y Catherine había introducido

en ella un ordenador e internet, otra razón por la que nunca había comprendido cómo era posible que Leonard acumulara tal volumen de trabajo. La familia Mason y su abogado, el señor Dore, parecían interesados en mantener el enigma.

Sentada en la silla frente al escritorio, Catherine sostuvo con cuidado la muñeca a la que había robado su asiento. De su sombrero de paja emanaba un aroma femenino de perfume floral o afrutado, una mezcla de rosas, jazmín y lavanda. De un rápido primer examen extrajo la conclusión de que la muñeca era una figura original de la familia de modeladores de cera Pierotti, en un estado de conservación perfecto a pesar de que había sido fabricada alrededor de 1870. La cabeza y las extremidades conservaban milagrosamente el tinte original de color melocotón de la piel. El cabello ensortijado y las cejas de color caoba que se extendían sobre los ojos con una expresión de tristeza estaban hechos de mohair. Catherine hurgó debajo del vestido, del que observó que era un verdadero vestido de niña, otro indicio de autenticidad. El torso estaba relleno de percal mezclado con pelo animal; la pieza de la espalda estaba cosida al torso y había costuras en las caderas. Era una muñeca original.

Catherine esperó otros cinco minutos a que apareciera Dore. No había un teléfono para comunicarse con la recepción y se preguntó si quizá debía descender el estrecho tramo de escalera y preguntar por el paradero del abogado; un profesional de las leyes que parecía haber abandonado trescientas mil libras esterlinas en muñecas europeas antiguas en una habitación sin seguridad, en compañía de una extraña.

Catherine volvió a depositar la muñeca en la silla. Sabía que había dos coleccionistas y un museo que sacarían la chequera en cuanto vieran las fotografías que había tomado de la muñeca Pierotti.

Sintió que le temblaban las piernas de la emoción. Solo la confusión estaba aguándole el momento del hallazgo.

La posible cliente, una mujer llamada Edith Mason, había solicitado la cita. Catherine nunca había oído hablar de ella, aunque al parecer Leonard la había tratado en el pasado. Sin embargo, Catherine sí sabía de la existencia del tío de Edith Mason, M. H. Mason, pues estaba considerado el taxidermista más importante de Inglaterra. Leonard afirmaba que Mason también había sido un titiritero magistral, aunque Catherine solo conocía el prestigio de sus animales dise-

cados en el negocio de las antigüedades. Nunca había visto con sus propios ojos una muestra de su legendario trabajo, pero se había cruzado con varias fotografías de los escasos restos de su obra que habían sobrevivido a las purgas de los años sesenta, la misma década en la que su larga vida había terminado por decisión propia. No sabía mucho más.

Catherine había esperado encontrar en esta visita un par de ratones de campo disecados, y tal vez un armiño, montados en los dioramas característicos de M. H. Mason. Lo que nunca se le había pasado por la imaginación era encontrar una muñeca Pierotti en perfecto estado de conservación, en medio de la multitud de figuras desplegadas frente a ella, que parecían ser muñecas antiguas igualmente bien conservadas. Supuso que debían de pertenecer a su sobrina y heredera, que a estas alturas rondaría los cien años.

Catherine examinó cuatro muñecas Bru que había sobre el escritorio, con sus enormes ojos de cristal y los rostros de bebé que eran sello de la casa. Las cabezas de *biscuit* pintadas no presentaban arañazos, los pisapapeles de cristal que tenían por ojos funcionaban y las pelucas de mohair estaban perfectamente cepilladas. Las piezas poseían los diminutos pezones reveladores y las articulaciones reforzadas que permitían que las rechonchas piernas rellenas se movieran. Todas las muñecas estaban vestidas con trajes de época y sus cuerpos eran de cabritilla. Sin duda eran bebés Bru. La superficie de los antebrazos y las manos también presentaban un aspecto exquisito, sin marcas ni desportilladuras en los nudillos. Cincuenta mil por el conjunto.

—No puede ser. Imposible.

Catherine examinó una elegante Manuelita de Gesland y cinco Jumeau francesas de la década de 1870 que había sobre la cama. La porcelana alemana de sus cabezas, de un intrincadísimo diseño, se conservaba en un estado impecable. Y alineadas en el baúl se encontraba un grupo de muñecas Gaultier con cabezas giratorias, trajes de seda y botas de piel que se abotonaban de verdad; tenían ojos luminosos de cristal fabricados por maestros alemanes desaparecidos hacía mucho tiempo, junto con su oficio.

Catherine dio un trago a su botella de agua para serenarse. Leonard se desmayaría cuando le enseñase las fotografías de lo que había caído

en sus manos. Y, según la carta de Edith Mason, solo se trataba de «una muestra», de «una colección mucho más amplia».

El flash de la cámara de Catherine empezó a lanzar fogonazos blancos, como si estuvieran cayendo rayos sobre la deprimente pensión. Abstraída del mundo exterior, Catherine fotografió cada figura desde diversos ángulos.

Dore seguía sin aparecer.

Cuando concluyó el examen de las muñecas, guardó las notas que había tomado y la cámara, apagó la luz, cerró la puerta de la habitación y echó la llave. Una vez abajo, tocó varias veces la campanilla, pero el anciano recepcionista, que probablemente también era el propietario, no apareció. Dejó la llave en el mostrador de la minúscula recepción. Descorrió el pestillo de la puerta principal y salió. Cuando tiró de la puerta para volver a cerrarla se fijó en que el letrero de *Cerrado* estaba vuelto hacia el exterior. El huraño propietario debía de haber olvidado que Catherine estaba dentro y había cerrado el establecimiento.

Catherine se preguntó si Edith Mason tendría contratado un seguro que le cubriera lo que ahora estimaba en medio millón de libras en muñecas antiguas, abandonadas sin vigilancia en la habitación de una lúgubre pensión que no se encontraba en internet.